LA ORACION DE JESUS Y LA NUESTRA

Daniel Gil, S.J.

Centro de Espiritualidad, Montevideo

“No es justa la oración a no ser que se haga por medio de Cristo. La oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado” SAN AGUSTÍN, Enarr. in Ps. 108,9 (BAC, vol. III p. 906)

1. Jesús glorificado, el hombre perfecto

Perfecto quiere decir terminado, acabado, que no le falta ya nada. Y de ese modo, perfecto hombre sólo es Jesús glorificado, y nuestra Señora asunta al cielo, a semejanza de su Hijo. Jesús glorificado y exaltado junto al Padre, y sólo él, sabe lo que significa, finalmente, ser hombre. En la intimidad de la dicha trinitaria, en la glorificación corporal, Jesús ve realizada definitiva y perfectamente su primogenitura. Ve cómo toda la creación es atraída hacia lo alto, para ser reunida, por él, en la unidad del Pueblo del Padre.

No olvidemos lo que nos enseñaba hace poco el Vaticano II: “El misterio del hombre sólo se ilumina en el misterio del Verbo Encarnado” (GS 22). Sólo mirando a Jesús a la derecha

del Padre, resplandeciendo en su humanidad toda la gloria de su eterna divinidad, llegamos a tener el modelo, la norma, el molde, de lo que es el hombre. A menudo decimos, y está bien, que Jesús tiene naturaleza humana, tomada de una mujer de nuestro linaje terreno; pero hay que completar esa mirada con esta otra: cada uno de nosotros tiene realmente humanidad verdadera, en la medida en que participa de la naturaleza humana de Jesús. Jesús es el hombre perfecto, y todos los demás somos humanos en la medida en que nos asemejamos a él.

2. Jesús llegó a ser el hombre perfecto a través de una historia

Decimos “a través” de una historia, pero no como quien pasa por un medio ajeno a él, como quien atraviesa un arroyo

para llegar a la otra orilla. Sino a través de un crecimiento que permanece en él, como quien dice que llega a la madurez de la edad, a través del paso por la infancia y juventud. Así Jesús llegó a su gloria, a través de su historia; Jesús glorioso es el Jesús histórico, glorificado, tras la muerte, por el poder del Padre. Pero desde el pesebre de Belén hasta el trono a la derecha del Padre, hay un proceso. Y ese proceso histórico ha sido vivido en oración.

El nuevo testamento nos habla de la oración de Jesús, desde el bautismo en el Jordán, hasta la muerte en cruz, en numerosas ocasiones. El diálogo de Jesús con su Padre no es un episodio anecdótico, un acontecimiento piadoso, pero que sería prescindible en su proceso de llegar a ser perfectamente lo que tenía que llegar a ser para salvarnos. Al contrario, es el hilo mismo que hace inteligible, articulando y dirigiendo las acciones y etapas de su vida. En la oración de Jesús, perseverante a lo largo de toda su vida - en seguida veremos por qué -, se va dibujando progresivamente el rostro divino del Hijo único, en el lienzo creado de su naturaleza humana. En su permanente oración a Dios como su *Abba*, sus discípulos más cercanos vislumbraron el misterio de una filiación divina, y de una divinidad filial.

La historia, pues, por la cual Jesús va creciendo hacia su

Padre, hasta ser constituido por éste en hombre perfecto, nuevo Adán, primogénito entre muchos hermanos, tiene como íntima trabazón, interna y cordial, su oración al Padre. Veamos por qué.

3. Creación, hominización, oración

Dios Padre ha decidido qué debe llegar a ser el hombre. El hombre es creado por Dios, para Dios. Así Jesús, para llegar a ser el hombre perfecto, no se guió por algún ideal que él sacara de su propio ingenio, sino que se guió pura y exclusivamente por la voluntad creadora, salvadora, de su Padre. El Hijo eterno vino al mundo para hacer la Voluntad de Dios, que es como decir, para llegar a ser el hombre perfecto. Haciendo la Voluntad del Padre, colaboró para que el Padre hiciera en él al hombre perfecto. Recibiendo en su vida todo lo que el Padre quería darle, llegó a tener la plenitud de la perfección humana, tal como culmina, para siempre, en su glorificación. Bien se ve, por lo tanto, que entre ese paterno disponer y ese filial obedecer, la humanidad resultante es perfectamente filial. Tan perfecta filialidad creada, es la revelación más acabada de la filialidad divina de Jesús.

La creación del hombre perfecto, del nuevo Adán, es pues la obra trinitaria acaecida en Jesús. Y el resultado de esa nueva creación, es el hombre

perfecto. La nueva creación, por lo tanto, es un proceso de verdadera hominización. Más aún: es la única verdadera hominización. Y todos nosotros llegaremos a ser perfectamente hombres, en la medida en que participemos de esa humanidad de Jesús.

Cómo llegó Jesús a ser perfecto hombre? Ya dijimos: no a partir de un proyecto autónomo de autosuperación, sino obedeciendo siempre, buscando siempre, la Voluntad de su Padre. Y cómo buscá, la Voluntad del Padre? En la oración. Porque eso es precisamente la oración de Jesús. Y cómo la halló? En la oración también, puesto que una comunicación de la Voluntad del Padre a la de Jesús, es inimaginable sin un diálogo, sea cual fuere la forma concreta en que se realizó. Y cómo realizó esa Voluntad del Padre? La realizó siempre mirando al Padre, haciendo las obras del Padre, en pura contemplación del Padre.

Si la nueva creación que el Padre quiere llegó ya a su meta en el hombre perfecto, Jesús glorificado, es patente que se trata del proceso de hominización, el cual, a su vez, ni se dió ni puede darse fuera de una comunión interpersonal, que llamamos oración, ya en Jesús, ya en sus seguidores.

4. Cristología sin oración, cristianos sin oración

A veces se nos ha presentado una cristología, es decir, una

reflexión coherente de lo que hemos creído acerca de Jesús, sin hablarnos de la oración de Jesús. En esas cristologías, todo ocurre como si Jesús llegara, de Belén a la gloria, sin oración. Es verdad que, a modo de información, se dice que sí, que Jesús oraba, incluso que oraba a menudo. Pero en realidad, no sabemos bien por qué. Da la impresión de que esa oración, o es una especie de teatralidad "para darnos ejemplo a nosotros, porque él no necesitaba orar" (!), o es la presentación verídica de las costumbres judías del siglo primero, pero sin mayor conexión con el misterio del paso de este mundo al Padre.

Ahora bien: cuando hemos alimentado nuestra inteligencia en una cristología en la cual Jesús parece llegar a su perfección sin la mediación necesaria de la oración, entonces se sigue, inevitablemente, la conclusión: la oración, es un apéndice superfluo en el proceso de hominización, y bien puede llegarse a la perfección sin orar. Si, a pesar de todo, se mantienen leyes y mandamientos que obligan a orar, todo se debe a que todavía no nos hemos despegado de formas religiosas perimidas, que, convendría dejar de lado cuanto antes... A una cristología sin oración, sucederán unos cristianos sin oración, o, al menos, con una oración radicalmente sospechada de ser una excrescencia cultural inútil.

5. La oración de Jesús: historia íntima de la hominización

La oración que Jesús hizo es un misterio, y un misterio, ya lo dijimos, tan personalísimo suyo, que en esa actitud orante refulgieron en su naturaleza humana, los rasgos filiales del Hijo eterno. Pero al decir "misterio personalísimo" estamos diciendo "misterio participabilísimo"; porque la Revelación nos enseña que la realidad de Jesús es de tal modo única y singular, que no resulta algo excluyente, sino el colmo de lo incluyente: por él, con él y en él, toda creatura queda encabezada y encaminada al Padre. En otras palabras como todo lo suyo la oración de Jesús es un misterio participable, es una oración comunicable. Es "historia íntima" de la salvación, porque no es la historia de salvación mirada desde fuera y sin comprenderla verdaderamente, sino mirada gustada y asumida en su misma fuente: la libertad humana de Jesús recibiendo en sí la Voluntad del Padre.

Santanás tentó a Jesús, tratando de que éste hiciera su propia voluntad con prescindencia de la Voluntad del Padre, lo cual era ya el comienzo de lo que después mostró el demonio más abiertamente: que Jesús hiciera la voluntad del Tentador, en vez de la del Padre (Mt 4,1-11). Pero Jesús rechazó al tentador. Jesús siempre hizo la Voluntad de su Padre; y como la voluntad del Padre es la felici-

dad eterna del hombre, eso fué lo que resultó de la obediencia de Jesús: el nuevo Adán, el hombre perfecto. Quién puede saber lo que el hombre es, si el Creador no lo revela, una vez que hemos sido elevados al orden sobrenatural? Quién puede conocer lo que el hombre está llamado a ser eternamente, si no mira la gloria del Señor Jesús? (D 1786). Para llegar a tanta gloria, Jesús interrogó día a día, en fiel oración, a su Padre. Día a día vivió como Hijo, amando al Padre sobre todo, confiando al Padre todo su corazón, sus penas y sus alegrías. Y así hasta morir en oración, es decir, apuntándose entero y sin retorno hacia el Padre, de quien se había sentido abandonado.

En la oración de Jesús al Padre se urdió la trama de la salvación de la historia. En su oración, todos llegamos ante el rostro del Padre (Juan 17). En su oración se fué haciendo, día a día, el camino inédito que pasaba de este mundo al Padre. La oración de Jesús es la interioridad del Señor, es el sentido verdadero de su historia, es el significado de su vida, muerte y resurrección. Por eso, no participar de su oración, es como mirar a Jesús desde afuera y sin comprender el sentido de su acción y su pasión.

6. El Espíritu nos hace participar de la oración del Señor

Hay un solo sacerdote eterno: Jesucristo. Hay un solo media-

dor que nos da acceso al Padre: Jesucristo. Hay un solo "celebrante principal" de nuestras eucaristías: Jesucristo. Y nuestras eucaristías sólo son tales porque participan del único misterio pascual: el de Jesucristo. Y de modo semejante: hay una sola oración acepta al Padre, una sola oración que siempre llega al Padre, un solo orante que es infaliblemente oído del Padre, y una sola petición en la cual todos hemos sido salvados: la de Jesucristo. Quien aspire a orar al margen o independientemente de la oración de nuestro sumo y eterno sacerdote, está desvariando. El "orante principal" en la Iglesia, es el Señor, de cuya plenitud todos hemos recibido.

Quien nos incorpora a la oración de Cristo es el mismo que nos incorpora a Cristo: el Espíritu. El Espíritu Santo toma de lo de Cristo, y nos lo reparte. El mismo Espíritu que impulsaba a Jesús a la oración, nos impulsa a nosotros a entrar en comunión con la oración del Señor. El

resultado de esta concordancia, es la liturgia católica, madre, fuente, modelo, canon y culminación de toda oración de los cristianos, aunque se practique antes o después de las celebraciones mismas (D 2298; SC 2,5-8, etc.)

7. El camino de nuestra oración

Jesús es el único camino al Padre. Se hizo y fué hecho camino viviente y vivificante sobre todo en su pascua. A lo largo de su vida ofreció ruegos y súplicas, con clamor y lágrimas, y llegado así a la perfección definitiva, se convirtió en nuevo Adán, de quien recibimos la salvación (Hebreos 5,5-10)

El camino de Jesús fué el camino de un orante, por eso permanece para siempre como intercesor (Hebreos 7,25), del cual participamos. Nuestra oración, a imagen de la suya, nos servirá para recibir del Padre nuestro propio camino, y para recorrerlo hasta el fin.